

Hermann Hesse

Pequeñas alegrías

Escritos póstumos

Compilación y epílogo de Volker Michels



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Kleine Freuden-Verstreute und kurze
Prosa aus dem Nachlass*
Traducción de Manuel Olasagasti

Primera edición: 1979
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1977
Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-371-3
Depósito legal: M. 7.051-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Pequeñas alegrías
- 16 Sobre una exposición de tipografía moderna
- 21 Apuntes venecianos
- 31 Ante mi ventana
- 38 Estudios del vino
- 43 Jornadas de invierno en el cantón de los Grisones
- 49 Estampas de viaje
- 65 En el jardín
- 71 Concierto al aire libre
- 77 Casa de paz
- 96 Carta de invierno
- 102 De nuevo en el gabinete de estudio
- 105 Untersee
- 109 Mudanza
- 113 El archipiélago Nicobar
- 119 La no fumadora
- 127 Los chinos
- 132 Berna y Viena
- 135 Recuerdos de Asia
- 139 Saludo desde Berna
- 145 Sobre la Navidad
- 147 Mi primer viaje a Italia
- 164 Fragmentos del diario de Martin
- 170 Velada otoñal en el cuarto de estudio
- 173 Entrar dentro de sí mismo

| | |
|-----|---------------------------------------------|
| 178 | Sobre algunos libros |
| 183 | Confesión alemana |
| 188 | La «offizina» Bodoni de Montagnola |
| 192 | Dialogo |
| 197 | Carta de viaje |
| 202 | Desde la India y sobre la India |
| 208 | Nostalgia de la India |
| 213 | Día perdido |
| 217 | Sobre los chinos |
| 220 | Final de verano |
| 225 | Modernos ensayos de nuevas interpretaciones |
| 232 | De mi época escolar |
| 245 | Otoño. Naturaleza y literatura |
| 249 | El espíritu del romanticismo |
| 256 | Hacer las maletas |
| 261 | Marzo en la ciudad |
| 266 | La máquina de escribir |
| 272 | Mayo en el castaño |
| 277 | La Idea |
| 282 | Álbum de un viaje breve |
| 287 | Pintar a la acuarela |
| 291 | Tarde apacible |
| 297 | Gozos y sinsabores de la pintura |
| 302 | El vecino Mario |
| 307 | Paseo en la habitación |
| 313 | Apuntes en el comedor |
| 317 | Entre el verano y el otoño |
| 322 | Recuerdo de un peregrinaje a pie |
| 342 | [Arosa como experiencia] |
| 344 | Sobre mariposas |
| 352 | Cotidianidad literaria |

| | |
|-----|------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 357 | Experiencia en una altura |
| 360 | Dos experiencias agosteñas |
| 365 | Horas ante el escritorio |
| 372 | Memoria de Adele |
| 380 | Recuerdos de André Gide |
| 389 | [El mundo de los libros] |
| 392 | Poemas preferidos |
| 394 | Para Marulla |
| 403 | Páginas de diario 1955 |
| 412 | Misiva de gratitud con motivo de la concesión del Premio de la Paz de los libreros alemanes |
| 416 | Regalos de Navidad |
| 423 | <i>La Marcha fúnebre</i> |
| 432 | Recuerdos de médicos |
| 448 | Cuarenta años en Montagnola |
| 451 | Epílogo |
| 461 | Referencias bibliográficas |
| 471 | Tabla cronológica |

Pequeñas alegrías

En nuestro tiempo una gran parte del pueblo vive en estado de insensibilidad y apatía. Los espíritus delicados sienten dolorosamente el impacto de nuestras formas de vida y se inhiben frente a la actualidad. En arte y en poesía, tras un breve período de realismo, se advierte por todas partes un clima de insatisfacción, cuyos síntomas más claros son la nostalgia del Renacimiento y el neorromanticismo. «Os falta la fe», clama la Iglesia; «Os falta el arte», clama Avenarius. Es posible. Pero entiendo que nos falta ante todo alegría. El anhelo de una vida superior, la visión de la vida como algo jovial, como una fiesta, es lo que, en el fondo, tanto nos seduce en el Renacimiento. La sobreestimación aritmética del tiempo, la prisa como principio y fundamento de nuestro estilo de vida, es el más peligroso enemigo de la alegría. Con sonrisa nostálgica leemos los idilios y los viajes sentimentales de épocas pasadas. ¿Para qué anhelaban

tener tiempo nuestros abuelos? Cuando yo leí la égloga de Friedrich Schlegel a la ociosidad, no pude sustraerme a este pensamiento: ¡cómo te habrías lamentado si hubieras tenido que trabajar como nosotros!

Este carácter vertiginoso de la vida actual ha ejercido sobre nosotros su nefasta influencia ya desde la primera educación; es triste, pero es inevitable. Lo peor es que la prisa de la vida moderna se ha apoderado ya de nuestras escasas parcelas de ocio; nuestra forma de gozar y divertirnos apenas es menos nerviosa y azacanada que la barahúnda de nuestro trabajo. «La mayor cantidad posible y la mayor celeridad posible», es la consigna. La consecuencia de ello es el aumento constante del placer y la disminución progresiva de la alegría. El que ha asistido a una gran fiesta en ciudades o incluso en capitales, o ha observado los tipos de diversión en la urbe moderna, no puede menos de evocar con dolor y repugnancia los rostros enfebrecidos y los ojos vidriosos de la gente. Y este estilo de diversión patológico, agujoneado por una perpetua insatisfacción y al mismo tiempo aquejado de un perpetuo hastío, se ha implantado también en los teatros, en la ópera, en las salas de concierto y en las galerías de arte. La visita a una exposición moderna rara vez suele resultar un auténtico placer.

El rico tampoco se ve libre de estos males. Podría escapar a ellos en teoría, pero en realidad no puede. Hay que participar, hay que estar al corriente, es necesario no perder altura.

Yo no dispongo de una receta universal, como no dispone nadie, contra esta situación deplorable. Pero quiero traer a la memoria una consigna nada moderna, muy vieja: el disfrute moderado es doble disfrute. Y: no desatendáis las pequeñas alegrías.

Moderación, por tanto. En determinados círculos se necesita tener valor para dejar de asistir a un estreno. En otros círculos hace falta valor para confesar que no se conoce una novedad literaria a las pocas semanas de su aparición. En muchos ambientes uno queda en ridículo si no ha leído el periódico del día. Pero yo sé de algunas personas que no se arrepienten de haber tenido este valor.

El que dispone de una plaza de abono en el teatro, no piense que va a perder algo por hacer uso de ella sólo cada dos semanas. Se lo garantizo: saldrá ganando.

El que está habituado a ver cuadros en serie, haga la prueba, si todavía es capaz, de permanecer una hora o más delante de una obra maestra y darse por satisfecho para aquel día. Saldrá ganando.

Pruebas similares podrían hacer el lector empedernido, etcétera. El lector se sentirá molesto, alguna vez, al no poder comentar una novedad. Alguna vez provocará sonrisas. Pero pronto será él quien sonreirá y sabrá a qué atenerse. Y el que no pueda fijarse limitaciones en otros terrenos, pruebe a adoptar la costumbre de acostarse a las diez, al menos una vez por semana. Quedará maravillado de la espléndida compensación que recibe por esta pequeña tregua en tiempo y en placer. Con el hábito de la moderación se encuentra estrechamente vinculada la capacidad de goce para las «pequeñas alegrías». Pues esta capacidad, que originariamente es innata en toda persona, presupone ciertas cosas que en la vida moderna están atrofiadas y se han volatilizado, a saber, un cierto acopio de serenidad, de amor y de poesía. Estas pequeñas alegrías, que le son regaladas al pobre de un modo particular, son de tan poca apariencia y se hallan tan desparramadas en la vida cotidiana, que los sentidos embotados de innumerables trabajadores apenas llegan a perci-

birlas. No llaman la atención, no son apreciadas, no cuestan dinero (paradójicamente, ni los pobres saben que las más bellas alegrías son siempre las que no cuestan dinero).

Entre estas alegrías están en primer lugar las provenientes de nuestro contacto diario con la naturaleza. Especialmente nuestros ojos, estos ojos tan maltratados, tan sobrecargados, del hombre moderno pueden ser, si queremos, fuente inexhausta de delicias. Cuando yo salgo por la mañana a mi trabajo, diariamente caminan junto a mí o me salen al paso muchos otros trabajadores que acaban de saltar de la cama y marchan rápidos y ateridos de frío por la calle. La mayoría caminan con prisa y tienen los ojos fijos en su itinerario o, a lo sumo, observan el vestir y la cara de los transeúntes. ¡Alzad la cabeza, amigos! Haced un esfuerzo para mirar... un árbol o al menos un trocito de cielo. No será un cielo límpido y azul, pero de alguna manera se puede siempre percibir la luz del sol. Acostumbraos a mirar al cielo cada mañana, por un momento, y sentiréis de pronto el aire en torno vuestro, el fresco matinal que se os regala en ese intervalo entre el sueño y el trabajo. Encontraréis que cada día posee su luz y cada alero de tejado su encanto especial. Demoraos un poquito en la contemplación, y os proveeréis para todo el día de un mínimo de bienestar y de comunión con la naturaleza. Paulatinamente se va educando el ojo, sin esfuerzo, para servir como mediador de muchas pequeñas sensaciones, para la contemplación de la naturaleza, de las calles, para captar la gracia innumerable del diario acontecer. De ahí hasta la visión educada para el sentido artístico resta sólo el trecho más corto del camino; lo principal es el comienzo, el abrir los ojos.

Un trozo de cielo, una tapia de jardín desbordada de verde ramaje, un brioso caballo, un hermoso perro, un grupo

de niños, un bello rostro de mujer... son espectáculos que no debemos dejar escapar. El que se ha iniciado en este ejercicio es capaz de descubrir en la ruta diaria cosas preciosas, sin necesidad de perder un minuto de tiempo. Este ejercicio no fatiga nuestros ojos, sino que los fortalece y los renueva, y no sólo ellos salen ganando. Todas las cosas poseen una faceta bella, aun las cosas feas o desprovistas de interés; sólo hace falta saber mirar.

Y con la visión entran la jovialidad, el amor y la poesía. La persona que por vez primera corta una florecita para tenerla junto a sí durante el trabajo ha dado un paso adelante en la alegría de vivir.

Frente a la casa donde yo estuve trabajando una temporada había una escuela de niñas. Las niñas rondaban los diez años y su patio de recreo daba a este lado. Yo tenía que concentrarme en el trabajo y a veces me molestaba la algarabía de las niñas juguetonas, mas no es para decir la alegría que me proporcionaba una simple mirada al patio de recreo. Aquellos vestidos multicolores, aquellos ojos alegres, aquellos movimientos ágiles y llenos de vida incrementaban en mí las ganas de vivir. Una escuela de equitación o un corral de gallinas me hubiera producido seguramente un efecto similar. El que se ha detenido alguna vez a observar los juegos de la luz sobre una superficie monocolor, por ejemplo sobre el muro de una casa, sabe de las satisfacciones y goces que los ojos pueden proporcionar.

Vamos a contentarnos con estos ejemplos. Sin duda a más de un lector le han venido a las mientes otras pequeñas alegrías tan exquisitas como aspirar el aroma de una flor o un fruto, escuchar la propia voz o la ajena o atender a las conversaciones infantiles. Entre ellas está también el

tararear o silbar una melodía y mil otras minucias que pueden componer un bello rosario de pequeños goces para nuestra vida.

Vivir cada día el máximo posible de pequeñas alegrías y reservar los goces mayores y más fatigosos para los días solemnes y los buenos momentos es lo que yo aconsejaría a todo el que padece de desazón y falta de tiempo. Son las pequeñas alegrías, y no las grandes, las que nos sirven para el descanso, la liberación y el relajamiento de cada día.

(1899)

Sobre una exposición de tipografía moderna

El siglo pasado produjo, si exceptuamos los dos últimos decenios, muy pocos impresos realmente bellos y apenas algún libro de verdadera calidad artística. Pero ese mismo siglo dio pasos de gigante y llevó a enriquecer enormemente la técnica de las artes gráficas. La propia avalancha de los nuevos inventos, la implacable competencia de las nuevas técnicas y una cierta vanidad por los progresos alcanzados fueron un óbice para el desarrollo de los elementos artísticos de la impresión de libros. En un mismo libro se acumulaban multitud de procedimientos nuevos de producción y se imprimían obras fastuosas que semejaban catálogos-muestra de una gran imprenta, donde las pruebas de impresión en color, cincograbados, litografías, fotograbados, etcétera, se sucedían en serie pintoresca. Hoy se pueden adquirir en cualquier librería importante casi todos aquellos despampanantes volúmenes a precios fuertemente reducidos. Pero más funesta que esta falta de gusto, achacable a

una industria en trance de bruscas transformaciones, fue la súbita aparición del papel celulosa, cuya baratura barrió muy pronto toda posible competencia. Algunas obras importantes de los últimos decenios –junto a otras muchas cuyo deterioro no es de lamentar– se imprimieron en este tipo de papel. Ya actualmente hay libros de este período que en cincuenta años se han hecho ilegibles y se han deteriorado, mientras que los buenos impresos de los siglos XV y XVI se conservan nuevos y frescos.

Era natural que entre el público y en la propia industria librera despertara el deseo de unos libros de sólida impresión y noble factura. La primera exigencia era la mejora de la calidad del papel, pero los primeros ensayos llevaron a nuevos errores. Se comenzó por confeccionar el papel tan liso y satinado que más bien ofrecía el aspecto de una brillante cartulina. Este papel con su blancor intenso y deslumbrante no representaba ningún progreso: en primer lugar, es veneno para los ojos, pero en segundo lugar no estaba demostrado que su composición química fuera capaz de proporcionarle una consistencia duradera. A alguien puede llamarle la atención que demos tanta importancia a esta garantía de perdurabilidad del papel blanco de nuestros libros, pero el problema es realmente capital. Si en la impresión de los siglos pasados se hubiera utilizado el papel de los años setenta y ochenta del siglo XIX, actualmente poseeríamos a lo sumo la tercera parte de su bibliografía, y los hermosos aldinos y elzevirios nos habrían llegado muy deteriorados, mientras que ahora se mantienen frescos e intactos, y aventajan en legibilidad a muchas producciones recientes.

Hoy casi todos los impresores alemanes que no se contentan con ser simples fabricantes han vuelto al papel sin

celulosa. Más difícil era satisfacer la exigencia de la calidad artística del libro. En este campo los estímulos y ejemplos mejor orientados y más fecundos han venido de Inglaterra. En este país el movimiento de las artes industriales, que enlaza con las ideas de Ruskin y del infatigable W. Morris, ha ejercido también una notable y benéfica influencia en la industria del libro. Si los artistas de fama se dedican a diseñar muebles, tapices y enseres domésticos, ¿por qué no habían de extender su labor a los libros?

Bien entendido: un libro puede poseer calidad artística sin necesidad de contener un solo dibujo o «ilustración». La disposición de las líneas, la relación entre los espacios en blanco y el espacio impreso, la confección del título y, de modo particular, la armonía entre el color del papel y el color de impresión, todo esto es más importante para el efecto estético que las «ilustraciones», que pueden ser en sí muy artísticas pero pueden también desentonar por su excesivo contraste con la impresión. Un libro impreso sin buen gusto y exquisito cuidado no puede mejorar con las ilustraciones de un Klinger o un Böcklin, puede incluso perder aún más por el desajuste entre el texto y las imágenes.

Un elemento nuevo e importante de las artes gráficas modernas son los ensayos efectuados para crear nuevos tipos, ensayos que en los últimos años han ocupado a numerosos artistas de primer orden.

Veamos ahora, desde estas perspectivas básicas, las obras expuestas por la editorial Diederichs. Ante todo, el papel es, sin excepción, no satinado y sin celulosa, y constatamos que esta tosquedad de material resulta grata y simpática no sólo para los dedos que palpan, sino para los ojos. Si examinamos los tipos (letras) de cada libro, en-

contramos al lado de los usuales caracteres góticos y antiguos numerosos ensayos de formas nuevas de escritura y de número. Evidentemente, el ideal de estos nuevos tipos es una combinación de la forma «latina», severa y clara, con la forma «germana», más libre y elástica. También está claro que este ideal, al que la escritura denominada «gótico triunfal» es acaso la más próxima de todas, no se ha logrado aún. Un tipo moderno que pueda compararse con la belleza y el noble perfil de las letras latinas de la imprenta renacentista (sobre todo la veneciana) no existe todavía.

No vamos a hablar detenidamente sobre las cubiertas de los libros. La cubierta o forro de un libro encuadernado apenas tienen relación interna con el libro mismo, como lo indica el hecho mismo de la encuadernación: la cubierta de papel sirve simplemente como protección, y su forma sólo puede tener la finalidad de atraer la mirada desde el escaparate o la librería, y así guiarnos hasta el libro. En cuanto a las encuadernaciones, que se exhiben en algunos ejemplares muy bellos, digamos que el material (generalmente tela basta) y el color son auténticos y de buen gusto, sin alardes de excesivo lujo. A veces se utilizan colores muy fuertes y claros, tal vez por entender que los colores oscuros y delicados son menos sufridos y fácilmente se alteran cuando se exponen a la luz.

La confección interna de los libros de la editorial Diederichs merece un detenido examen, y el resultado de este examen es positivo. El que eche un vistazo, aunque sea muy por encima, a la serie de los libros expuestos sacará la impresión de que todo esto no es fruto del azar ni tampoco de la labor de cada artista aislado, sino que es el resultado del trabajo personal y del sentido artístico del editor. En reali-

dad, el señor Diederichs no sólo posee buen gusto, sino un conocimiento, adquirido en un estudio continuo y apasionado, de los impresos y xilografías de los mejores talleres de las pasadas centurias. Nos consta que el tipo y el papel de cada nueva obra es objeto de una larga y seria ponderación por parte del editor. Éste sabe perfectamente por qué ha impreso las obras del místico Maeterlinck con otra tipografía que las del conversador naturalista Bölsche, etc. El editor se esfuerza por encarnar en la letra impresa algo del talante o sentimentalidad del texto. El editor concibe las páginas y la tipografía de un libro no como instrumentos indiferentes, sino como el receptáculo o el ropaje del contenido espiritual, y trata de confeccionar el ropaje más adecuado y afín al contenido. El que a veces se exceda un tanto en esta dirección es algo muy comprensible y excusable dentro de este joven movimiento. Es lástima que los libros se expongan por lo general en la vitrina, en lugar de afrontar el riesgo de algunas sustracciones. Tal vez alguien experimente el deseo, a la vista de las páginas abiertas, de hojear algunos de los libros, si bien es verdad que su librero le cederá gustoso el correspondiente ejemplar para un examen más detenido.

Los artistas encargados de ilustrar los diferentes volúmenes son casi sin excepción nombres bien conocidos y no requieren aquí ninguna presentación especial. Junto a Peter Behrens, creador de un nuevo tipo, mencionemos a B. Pankok, G. Vogeler, J. V. Cissarz, Fidus, R. Engels y Melchior Lechter. Entre ellos, el ilustrador Pankok es el más característico y vigoroso, si bien con alguna excentricidad; Vogeler, el más delicado y evocador, y Cissarz, el más asequible y equilibrado.

(1901)

Apuntes venecianos

17 de abril.—Desde hacía algunas semanas se me había apoderado la nostalgia de Venecia. El recuerdo de Venecia era como una dulce y cálida canción, como la promesa de una noche de amor, como un eco profundo, portador de desbordada belleza y de suave y tierna melancolía. Entonces cerraba los ojos y veía flotar cual sombras lucientes las fachadas del Gran Canal, las mujeres silenciosas, esbeltas, tocadas de chales negros y con el pelo enrollado en moño, las plazas y los paseos en las horas nocturnas y la hilera de gabletes de San Giorgio y la Giudecca argentados de brillo lunar.

A través de la estrecha ventana penetra el efluvio del agua y de las piedras húmedas. Desde aquí sólo puedo divisar de la ciudad un trecho del Canal, de veinte pies de largo y siete de ancho, altos muros de casas con ventanas desiertas, irregularmente distribuidas, y por encima de ellas dos chimeneas y una angosta y delicada franja de azul celeste.

Estoy recostado en la ventana y respiro hondo y a pleno pulmón, escucho el leve deslizarse de un carguero invisible y la leve charla de dos remeros invisibles, y veo rutilar el exiguo y límpido cielo sobre las duras aristas de los tejados planos. Esta hora he añorado durante semanas, este silencio entre piedras y agua, este aire dulce y saturado, este sentimiento íntimo y pudoroso de aislamiento del mundo y de reposo. Esto es Venecia.

El estrecho canal y estas casas silenciosas me son bien conocidos; no lejos de aquí me alojé durante mi última estancia. A treinta pasos se encuentra Santa María Zobenigo, y desde esta iglesia está próximo todo lo que la Piazza y el Gran Canal poseen de venerable y hermoso. Diariamente atravesaré muchas veces los pequeños puentes luminosos y

la angosta y oscura callejuela, y siempre permaneceré indeciso y encantado en este rincón, a un paso de la gran Venecia. Y una y otra vez volveré de la Venecia grande y espléndida a esta callejuela en penumbra y a los silentes patios y pisos interiores de Fenice, adonde no llega el barullo de los mercados ni la jerga de los extranjeros.

20 de abril.—Al volver aquí, vuelvo a mi casa. Ayer visité Murano, Lido y los barrios del este de la ciudad, y hoy soy ya huésped en la Laguna. La mañana la he pasado con marineros en Malamocco, y en este momento me hallo cerca de Murano, en la barca de un pescador de ostras.

Sobre las hojas de mi cuadernito de apuntes luce el sol. A nuestra derecha y no distante de aquí se alza el muro escueto de la isla tumular, emergiendo del agua verdinosa, a la izquierda brilla un pequeño banco de ciénaga con destellos de un pardo rojizo. Cálido y delicioso se recuesta el sol vespertino en las aguas, en mis manos y en mi espalda desnuda, aún blanquecina y pálida del invierno germano. Mi amigo de Murano, el pescador, se halla en medio del banco de lodo, hundido hasta las rodillas. Extraña y espectral visión, un hombre que se abre paso por entre las anchas lagunas, a pocos metros de la ruta de los buques de vapor. A veces viene hacia mí o me grita para que reme en su dirección, y arroja unos puñados del pequeño botín en la barca, sobre cuya planta mojada se agitan joviales los cangrejos y paguros.

A veces, cuando el sol enardece con su fuerte calor mi espalda indolente, me entran unas ganas repentinas de estallar en gritos de júbilo, de reír y cantar. Gracias a Dios, otra vez el aire, la libertad, el sol y un horizonte amplio. Otra vez todos mis sentidos me dicen que aún soy joven y tengo fuerzas para disfrutar y amar la belleza del mundo.

Lentamente gira mi barca en torno a los bordes del banco de ciénaga cuyas plantas acuáticas, espesas y parduzcas, se ramifican inextricablemente y atraen la mirada hacia el fondo oscuro. Mi pensamiento vuela, sin yo quererlo, hacia Alemania, contemplo en visión fantasmagórica ciudades y gentes que he abandonado allá en la lejanía, y me asombro del escaso dolor que ha despertado en mí la brusca separación. Evoco también la bella señora rubia que durante tanto tiempo hiciera penar mi corazón, y los buenos amigos y todo el ambiente cotidiano de trabajo, de anhelos y preocupaciones. Y la oscura visión se confunde con la maraña de las parduzcas plantas acuáticas y se sumerge en la negrura del fondo.

—¡Izquierda, más a la izquierda. Aquí! —grita el pescador. Con el fragor del pesado remo y el súbito destello del agua removida, las sombras y las cavilaciones se disipan en el torrente de sol y de efluvios lacustres, de presente y de olvido, mientras me dispongo a afrontar con jovial sorpresa toda una serie de días incógnitos, nuevos, esplendentes.

Tornamos a Murano, invito al pescador a tomar café y le acompaño hasta su vivienda. Ésta se encuentra junto a San Pedro, próxima a la casa más antigua de Murano. Mi amigo me hizo notar que era «muy antigua», y no salía de su asombro, mezclado de incredulidad, cuando yo le dije que era milenaria y más vieja que los palacios de Venecia. Al despedirnos me prometió presentarme la próxima vez a su amigo Pietro, que trabajaba como vidriero en Testolini y de joven había estado en Viena y en Dresde. Con su relato yo experimenté una especie de veneración hacia este Pietro, que viene a ser, acaso sin saberlo, heredero de antiquísimas tradiciones y pertenece a un gremio de fama mundial desde hace siglos.

Luego, el viaje de vuelta en el vapor de línea hacia Venecia. La ciudad aparecía difusa, como una silueta de materia translúcida sobre el cielo crepuscular rojo y gualdo. Murano se fue difuminando lentamente en la penumbra, y su visión evocó en mí el recuerdo nostálgico de aquella época dorada en que los jardines de rosas de esta isla daban acogida a toda la gente mundana de la espléndida ciudad y en que el ingenioso Bembo, el bueno de Trifone Gabriello y el mordaz Aretino platicaban aquí, a la sombra de cedros y laureles, que por cierto han desaparecido sin dejar rastro. Véa ante mí al Aretino, tal y como lo pintara Tiziano, fornido, barbudo, orgulloso y enigmático, y al fondo la luminosa superficie marina y el horizonte infinito con el aire áureo y sombreado de la laguna. Se conserva sobre aquellos jardines de Murano un poema en latín de la época, cuyo autor no recuerdo. Más bello y expresivo tendría que ser el poema de un poeta de hoy sobre estos jardines, pues todo lo pasado, lo inexorablemente fenecido, resulta más evocador para el verso que la más relumbrante actualidad. ¡Cuántos exámetros latinos y odas griegas, cuántos relatos ágiles y galantes en la lengua de Boccaccio y chascarrillos lúbricos y desenfadados en dialecto veneciano escucharon aquellos cedros y laureles! Y nobles damas de los palacios góticos del Canale Grande asistían a aquellos diálogos, o hermosas cortesanas y musicantes, como aquella tierna y soñadora rubia que en el cuadro de Bonifazio se inclina tan evocadora e infantil sobre el elegante laúd. Fulguraban los vestidos de seda del país, de filigrana y brocados de Bizancio, y sobre las mesas bruñidas emitía destellos el dorado vino griego de las talladas y airosas garrafas.

22 de abril.—Yo había oído contar que aquellas famosas y hermosas damas del Renacimiento rara vez se lavaban las manos. Lo cierto es que existen documentos que parecen

demostrar lo contrario, al menos en lo que concierne a Venecia; pero no tengo inconveniente en prestar fe a los historiadores. Y es que las mujeres y las jóvenes de la Venecia de hoy tampoco se lavan nunca las manos, pero no dejan de ser bien hermosas. Una vez más las contemplo hoy, mientras pasean por la Riva a marcha lenta, levemente coqueta, como descansando de la jornada laboral, una forma de andar que no es dado ver en ninguna otra ciudad. Entre las clases modestas, algunas portan falda verde y blusa roja, una combinación bellísima, verde musgo con rojo guinda, que ya hacía las delicias de Palma Vecchio.

Por el camino compré por diez *soldi* pan, queso y naranjas, para comerlos en casa. En casa me pasé todo el atardecer ante la ventana, sobre el agua callada y negruzca, hasta que asomaron por entre los pequeños espacios de cielo oscuro y levemente azulado las claras estrellas cual gotitas de oro. Y cosa extraña, a la vista de estas estrellas irrumpió en mí la vieja añoranza: no pude menos de evocar el jardín de mi padre, el suelo natal, la niñez, mi madre. Soñé largo rato con mi madre y con el jardín de bancales y cuadros polícromos en época estival, y sólo desperté por las voces de un *gondoliere* rezagado, cuya embarcación surcaba el quieto canal nocturno con un chapoteo cansino.

24 de abril.—Ayer fue una noche de brega. Me encuentro sentado hacia las seis en las gradas de la escalinata de la Loggetta, trato de atraer a una paloma solitaria con migajas de pan y me siento de un humor excelente. Viene un joven señor con indumentaria de turista. Catalejos al cinto, paraguas bajo el brazo, una guía en la mano, y me envuelve en una sospechosa mirada de soslayo. Pronto me hice cargo de la situación, por eso me levanté y quise marcharme. Entonces se me acercó presuroso y se quitó el sombrero.